

## SOBRE LA TRAGEDIA

Rodrigo Felipe Asenjo Fuentes<sup>1</sup>

*¿Te asombra, extranjero, si el mundo es la patria en que todos vivimos, paridos por el caos?*

Meleagro de Gádara

En lo que sigue daré algunos ejemplos en los que el Mito Trágico se cumple en la modernidad.

La tragedia es profundamente filosófica y metafísica. Que la vida del hombre sea trágica tiene el trasfondo de que haga lo que haga él en su vida, siempre terminará infelizmente, habiendo dibujado, sin embargo, muchas veces, él mismo sus planos con tanto esmero, amor y dedicación. Su proyecto de vida es arrojado al abismo, a la nada, por una fuerza que en la tragedia griega es debida a sus dioses.

Lo anterior es porque no hay un Dios que sostenga buenamente nuestra existencia, y, por así decirlo, nos ayude a ejecutar nuestros proyectos de vida. Estamos abandonados en este flujo caótico.

Desde la perspectiva de Nietzsche, la situación es aún peor, debido a que en su *Gaya ciencia* escribió “Dios ha muerto”, su famoso aforismo. No hay Dios.

La situación es entonces más angustiante, y lo trágico más rotundo.

No hay Dios que le dé un sentido a la vida en la actualidad, en la visión del pensador de Röcken.

A la inversa, el relato cristiano sí tiene un Dios que le da un sentido claro a la vida -alcanzar el paraíso perdido por el pecado original a través de penitencias en este mundo-.

Con Racine y Calderón –trágicos cristianos-,

Todo está sostenido por el seguro fundamento del más allá y del Dios que acoge la totalidad de seres y cosas en su amor (Jaspers, Karl. *Esencia y formas de lo trágico*, Ed. Sur, Buenos Aires, 123 págs. Lo citado en pág. 19).

---

<sup>1</sup> Ingeniero civil y escritor, con estudios de filosofía en el Centro de Estudios Griegos, Bizantinos y Neohelénicos “Fotios Malleros” de la Universidad de Chile.

Lo que hace que esa vida cristiana tenga un “final feliz” –como si cuento de niños-. Desde ahí que no se cumplan los requisitos de tragedia, lo que lleva a que estos autores no sean estrictamente trágicos.

La tragedia implica una lucha: Mediante preguntas conocer la verdad, y la verdad implica, para una mente preclara y consciente, dolor –aún en su belleza y poesía-. La verdad es dolorosa, trágica, amarga. El sinsentido de la vida que es la ausencia de Dios.

Como el hombre no puede vivir sin sentido, inventa sentidos de vida, sabiendo que no tienen fundamento. Eso es profundamente amargo, pero no tiene solución, sino el suicidio. Y esto es trágico.

Si el fundamento de todo fundamento (o fundamento último) para Leibniz es Dios (“*y esta última razón se llama Dios*”, *Principios de la naturaleza y de la gracia fundados en la razón*, 8); para Heidegger ese fundamento último es...infundado, no existe. No tiene fundamento. Está flotando, por así decirlo, en el aire. Dicho de otra forma, su fundamento (el fundamento de todo) es la nada, si es que la nada puede ser el fundamento de algo, por ser nada; pues según Parménides “*Se ha de pensar y decir siempre que sólo el ser es, porque es ser; en cambio, la nada no es*” (Citado por Hirschberger, Johannes. *Historia de la Filosofía*, Tomo I, Ed. Herder, Barcelona, 1954, 516 págs. Lo citado en pág. 262).

Con Heidegger somos la nada. Si es así, debemos navegar en la nada. Un navegar que es un realizar un tejido...de vida, parados en la nada; trama que fonéticamente suena a drama. Lo que, en efecto corresponde a un drama.

Un tejido que fuertemente debe romper la nada que nos rodea. Como rompehielos que dificultosamente hace camino en los duros hielos árticos.

Heidegger destruyó, por así decirlo, el firmamento de todo firmamento.

Habría, pues, una cierta similitud entre la tragedia griega y nuestra vida “actual”. En efecto, en palabras de Enzo Paci:

La existencia no es arte, no es pensamiento, no es vida moral, es más bien toda la inquietud que nos domina antes de la expresión estética, antes de la actuación de la ley moral, antes de la clarificación del pensamiento. Es la vida. Pero la vida aprehendida en su origen abismal y confuso, la vida que no ha sido aún expresada en ninguna forma de la vida.

¿-Y qué es entonces? La nada responde Heidegger.

La nada. ¿Pero qué es la nada? ¡Cuán fácilmente podríamos responder esta pregunta! La nada es simplemente lo contrario al ser. Y como el ser es pensamiento o acción moral o arte, la nada

es todo lo que no es pensamiento, no es vida moral, lo que no es arte. Es el error, es la obra de arte no lograda, es la acción moral no constituida por un actuar coherente y formado... (Paci, Enzo en Introducción a *¿Qué es Metafísica?* de Martín Heidegger, Ed. Fausto, Buenos Aires, 165 págs. Lo citado en pág. 10).

¿No es acaso una tragedia, a pesar del esfuerzo que pongamos en ello, el querer tener una vida lograda que, no obstante, no la logramos nunca? La existencia es la nada, insistamos con lo que dice Heidegger.

La búsqueda de la verdad, a través de un juego dialéctico entre el bien y el mal, es en esencia, una tarea profundamente filosófica; y que requiere del logos (razón-reunión, palabra; lenguaje) para desenmascarar la realidad. *Aletheia*. Una vez desnuda, esa realidad ataca y mata al personaje que osó desnudarla, descubrirla. *Aletheia*.

Así en las tragedias *Edipo Rey* y *Antígona* de Sófocles y *Medea*, de Eurípides.

En *Edipo Rey*, Edipo al conocer la verdad (él mato a su padre Layo y se casó con su madre, Yocasta) se suicida.

En *Antígona*, el rey Creonte manda una orden de no enterrar a Polinices –hermano de Antígona-. Ella, Antígona –hija de Edipo y de Yocasta- decide no obedecer esa ley. Y entierra a Polinices. Y Creonte la castiga, obligándola a ser encerrada en una tumba. Entonces ella se ahorca.

En *Medea*, Medea ha sufrido el abandono de su esposo Jasón quien se ha casado con Glauce. Medea envenena a Glauce y asesina a los hijos que tuvo con Jasón. Ella dice “Oh hijos, cómo habéis perecido por la locura de vuestro padre”. Jasón responde “Pero no lo destruyó mi mano derecha”, a lo que ella responde “Sino tu ultraje y tu reciente boda” (*Medea* 1365, p. 121).

Y si quizás la forma (estructura) de estas tragedias sean las mismas que las vidas que llevamos los hombres, dado el dolor del mundo y la derrota que significa, con Jaspers, la distancia que existe entre el *dasein* (ser “ahí no más”) y el ser de la plenitud (distancia que es una rajadura). Nunca podemos encontrar ese ser de la plenitud. Nunca podemos encontrarlo, sino que solo caminar en el flujo de la vida –caminando en contra de la nada, contrala nadería, pronta a succionarnos, que trata de horriblemente absorbernos. Ese ser de la plenitud que nunca alcanzamos, por más que nos esforcemos. Y, en el mejor de los casos, cuando algunos esforzados e inteligentes, están “a punto de encontrarla”, cuando viejos, por una vida dedicada a la reflexión, introspección, silencio y estudio, les llega la muerte. ¿No es trágico, terriblemente irónico, en una palabra absurdo?

A través del tiempo ese *dasein* jasperiano hace un esfuerzo, muchas veces mayúsculo para llegar a ser “el que es” (ser o al menos tocar el ser de la plenitud). Y para ello hace un gran esfuerzo de autoconocimiento y de reflexión. Sin embargo, cuando más cerca está de ese ser de la plenitud –a través de su gran esfuerzo, en el que ha aplicado gran parte de su vida adulta-, muere. Solo tangencialmente lo ha tocado –en el mejor de los casos- (momentos de intensa inspiración, que él ve como mágicos, iluminadores, totales y que recordará siempre, como si el tiempo se detuviera en ello).

Ese objetivo es inalcanzable. El hombre consciente ha desplegado sus mejores esfuerzos en ello, y, pronto a conseguirlo –eso cree él- fallece.

Y eso es trágico.

Catarsis del alma y del mal que siempre está ahí.

La tragedia quiere algo más; la catarsis del alma. Qué cosa sea en realidad esta catarsis, ni aun en el mismo Aristóteles surge con precisión. Pero en todo caso trátase de un acontecimiento que afecta al ser del mismo hombre. Es una especie de franquearse, de abrirse al ser, que no resulta de la vivencia de la mera contemplación, sino de un ser afectado por algo; una apropiación de lo verdadero mediante la purificación de lo que en nuestras experiencias de la vida nos envuelve como entre velos, nos enerva y nos traba, estrechándonos y encegueciéndonos (Jaspers, Karl. *Esencia y formas de lo trágico*, Ed. Sur, Buenos Aires, 123 págs. Lo citado en pág. 28).

Una purificación de nuestras experiencias de la vida que nos envuelve encegueciéndonos. ¿Y que puede siempre enceguecernos, sino que la presencia del mal que según Ricoeur siempre está ahí?

Soy culpable. Y siempre.

Soy culpable del mal que acontece en el mundo si no he hecho hasta el sacrificio de mi vida cuanto he podido para evitarlo; yo soy culpable porque vivo y no puedo seguir viviendo mientras esto sucede. De modo que a todos abarca la culpa colectiva de lo que sucede (Jaspers, Karl. *Esencia y formas de lo trágico*, Ed. Sur, Buenos Aires, 123 págs. Lo citado en pág. 50).

Soy siempre culpable de todo. Con Platón al tener esa culpa trato de remendarla al tratar de “ser justo”, actuar justamente. Pero aquí deviene lo trágico. La cantidad de mal en el mundo es tal que ese trabajo individual que hago por la justicia (lograr un mundo justo –aunque sea el cercano-) es siempre insuficiente, y me extasia y cansa, y persigo esa justicia, siempre, pero no me basta, es siempre insuficiente, lo que se gana con esa justicia conseguida se pierde siempre por la gran cantidad de mal a mi alrededor, (y en mí mismo – ese mal interno no se descarta-). Ergo, siempre esa justicia es insuficiente, soy siempre, en consecuencia, culpable.

El consumista es la mejor expresión de la tragedia actual. Quizás el aspecto más trágico del hombre contemporáneo es que ha sido tratado como cosa que consume (que mejor dicho sobre-consume). Esta arquitectura del hombre contemporáneo ha sido diseñada por algunos cerebros para dar motor a grandes fábricas y empresas de todo tipo, estimulando la economía con consumo exagerado, economía de corte capitalista. Ésta, no obstante el avance de los países -en particular Chile- tiene como contrapartida a millones de personas endeudadas, por sus hábitos de sobreconsumo, y consecuencia de lo cual sus vidas se destrozan. Ya no son necesarios los dioses griegos que destruyen y mortifican vidas humanas –como ocurre a menudo en la tragedia griega-, sino que el ejercicio de la propia libertad de las personas.

Otro ejemplo. En qué medida el pensamiento utópico deviene en tragedia cuando es “puesto en movimiento”, puesto en práctica, ya que ha terminado malamente. Las experiencias de Owen, Fourier fueron ejemplo de ello.

El mismo comunismo que se basó en el pensamiento utópico de una “sociedad sin clases” marxiano falló estrepitosamente, dejando en el campo millones de asesinados.

Aunque cualquier esfuerzo que haga el hombre, nunca conseguirá una vida lograda. Habrá siempre una fuerza que surja desde lo más íntimo de la naturaleza que favorezca su derrota.

Ser hombre es ser algo incompleto e inalcanzado, no obstante los infinitos caminos (fruto de su libertad) para llegar ese ser pleno e inalcanzable.

En ese camino, el camino que es su vida -en esa derrota-, no obstante, la poesía lo baña deliciosamente –poesía que escucha sus ruegos y predicaciones-, y por ello siente en su extraña vida –pura derrota- que ese camino tiene una raíz de belleza inefable.